

RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE, LA «PIRENAICA» ENTRE EL MITO Y LA PROPAGANDA

Marcel Plans

«Aquí Radio España Independiente, estación pirenaica, la única emisora española sin censura de Franco, transmitiendo por campos de onda de...»

Con estas palabras iniciaba sus emisiones una radio clandestina que durante más de treinta años se enfrentó a la propaganda del régimen franquista, polemizó con su prensa, analizó y criticó discursos y leyes e informó, bien que mal, de las luchas, acciones y manifestaciones que se fueron produciendo en ese largo período de resistencia al autoritarismo gubernamental e institucional que se impuso al terminar la Guerra Civil. Pocos españoles habrá —al menos de la generación que participó en la contienda y también de la que maduró en una dilatada posguerra— que no escucharan en algún momento esa emisora comunista que los más ingenuos creían en los Pirineos, los “enterados” situaban en Praga y que estuvo realmente —como sabían con toda probabilidad los servicios secretos pertinentes— en Moscú primero y en Bucarest después.

La «Pirenaica» merece un apartado, por modesto que sea, en la historia de esos años de dictadura, que se cerraron para lo que se refiere a la «Radio» el 15 de junio de 1977 con las primeras elecciones legislativas. La historia y el quehacer de esa «Radio» merecen estudiarse en primer lugar por ser un medio de comunicación original, clandestino, marginado y com-Bativo respecto a su destinatario pero que a la vez disfrutaba del apoyo material y moral de algo tan sólido y concreto como eran y son los países del Este. Merece también la atención de los estudiosos por haber sido un instrumento importantísimo de propaganda del Partido Comunista de España, ligado por tanto a su historia, a su línea política, a su evolución interna, a su forma de hacer y entender las tareas propagandísticas. La «Radio», además, ha tenido la categoría de emisora antifranquista por antonomasia, por la sencilla razón de haber sido el único medio radiofónico con que contaban las fuerzas y grupos de oposición al régimen; por ello, sus "programas no sólo incidían sobre el mundo estrictamente comunista, sino que con su información y su agitación propagandística llegaban e influían a un sector mucho más amplio de la población, difícil de definir y cuantificar, móvil y fluctuante, pero real y lo suficientemente numeroso para preocupar a un régimen que se gastó mucho dinero en conseguir interferir esa voz que pretendía emitir sin la censura del Caudillo. Radio España Independiente (la REI, la «Pirenaica», «La Voz de la Verdad», etc.) merece estudiarse también porque ha sido sin lugar a dudas un elemento significativo de esa vida cotidiana de los españoles que iba en lo político del triunfalismo oficial a Ja denuncia estrepitosa e irreductible de la oposición, en lo económico de las cartillas de racionamiento al «600» y en lo social del fútbol-toros a las procesiones y Te Deums oficiales. Ese aspecto de fenómeno cotidiano que la REI ha tenido al menos hasta principios de los años sesenta no es nada desdeñable a la hora de hacer no sólo su historia, sino también su valoración, (En muchos pueblos se llegó a escuchar la «Radio» en el café, entre partida de mus o de dominó, presentes el alcalde, el párroco y el sargento de la Guardia Civil).

Para escribir la historia de Radio España Independiente con un mínimo de objetividad, es imprescindible trabajar a fondo con los archivos del PCE y, sobre todo, de la propia emisora. En este archivo se encuentran las 108 000 emisiones que cubren, sin interrupción, los días, todos los días que van del 22 de julio de 1941 al 14 de julio de 1977. Es un material, reunido en tres mil tomos, elaborado, preparado y aderezado para la propaganda, tal y como salió al éter en su día. Pero además de esta enorme cantidad de emisiones existe buena parte de la materia prima que sirvió para su realización: las miles de cartas que enviaban los españoles desde el país o desde el extranjero, las informaciones del partido de las que se seleccionaba todo aquello que podía ser utilizado como información o propaganda, las noticias de agencia, recortes de periódico y «escuchas» de distintas radios... Hay también una importante hemeroteca con periódicos y publicaciones clandestinas —Mundo Obrero, Trebatí, Nuestras Ideas, Nous Horitzons, Realidad—, así como numerosos boletines locales, sindicales, octavillas, panfletos del PC, de otras fuerzas de oposición o simplemente debidos a la iniciativa más o menos espontánea de un grupo de vecinos, estudiantes, obreros o campesinos, y en los que se denunciaban arbitrariedades muy concretas en tal o cual aldea o empresa, o se llamaba a acciones también muy concretas. A todo este material escrito hay que añadir algunos programas de especial interés que se conservan grabados, así como alocuciones de Dolores Ibarruri, Santiago Carrillo, Gregorio López Raimundo y otros dirigentes comunistas, entrevistas con personalidades muy diversas del mundo intelectual (desde Rafael Alberti a Joan Manuel Serrat o desde Angela Davis a Mikis Theodorajís) y, finalmente, reportajes «en directo» realizados tanto en España como entre los emigrantes españoles que trabajaban en toda Europa y que fueron siempre oyentes asiduos de la Pirenaica.

Hoy por hoy, el lector español dispone de poco material de consulta para informarse. Se habla de la REI en los libros que escribió Enrique Castro Delgado, antiguo dirigente comunista, cuando abandonó el Partido y salió de la Unión Soviética. Se refiere a la primera época de la emisora y su enfoque rabiosamente contrario hace su testimonio muy discutible y en cualquier caso unilateral. También se menciona la radio en algunas publicaciones norteamericanas dedicadas a este tipo de emisora y en las que se reconoce su amplia repercusión y eficacia como instrumento de propaganda comunista.

Se pueden encontrar también algunos artículos sueltos o entrevistas más o menos circunstanciales aparecidos en los dos últimos años. Estas entrevistas y artículos aparecieron en su mayoría con motivo del coloquio que organizó en Barcelona el Centro de Trabajo y Documentación y la comisión de cultura del Partit Socialista Unificat de Catalunya (24 de noviembre de 1978). Ni ese coloquio ni las entrevistas y artículos publicados hasta

ahora han sido un análisis histórico y crítico, sino más bien un recuerdo nostálgico y un homenaje entrañable y un tanto espontáneo a una tarea que por su clandestinidad, contundencia y constancia había adquirido un cierto aire mítico y legendario. Con todo esto han salido a la luz algunos datos desconocidos hasta ahora incluso para colaboradores de la «Radio» y se ha roto un poco el miedo a hablar de «ciertas cosas». No parece que el Partido Comunista tenga prisa en estos momentos de transición democrática, de consenso, de vida y lucha parlamentaria, en estudiar una labor propagandística que se caracterizó casi siempre por el radicalismo de su lenguaje y también, aunque no siempre, de su contenido. No creemos de todas formas que corresponda al PCE o sólo a él hacer esa historia crítica. Se trataría simplemente de poner a disposición de investigadores solventes el material indispensable.

En el coloquio que se organizó en Barcelona participaron un par de protagonistas directos de la REI: Ramón Mendezona —director durante muchos años de la emisora—, Jordi Solé-Tura, Ester Berenguer y Marcel Plans, responsables en etapas sucesivas del programa para Catalunya. Es evidente que esta selección fue coyuntural, determinada por el momento y el lugar, y no todo lo representativa que hubiera sido de desear para conseguir el nivel de discusión que los organizadores del acto deseaban.

Hay otros hombres y mujeres que han estado muy ligados a la emisora. Locutores como «Pedro Felipe» y «Goyo», redactores como «Pilar Aragón», «Bernardo Ávila», «Félix Madroño» o «Mikel Antia», colaboradores auxiliares como «Teresita», «Esperanza» o «Santi».., Nombres naturalmente de guerra y que en todo caso corresponde a los propios interesados desvelar, pues esto de la clandestinidad, además de los problemas prácticos y de seguridad que comporta en ciertos momentos, tiene algo de intimidad o de pudor que debe respetarse. La nómina es mucho más larga y a ella habría que añadir los colaboradores externos que desde fuera de la «Radio» —unas veces en el exilio, otras en España— aseguraron el engranaje que permitía que la información llegase a su destino: responsables de organizaciones del Partido, «estafetas», «correos», corresponsales repartidos un poco por toda la geografía del país y entre los que había desde el muchacho casi analfabeto al intelectual famoso; todos contribuyeron, en cierta medida, a dar el tono y a perfilar el estilo que caracterizaron a la «Radio». Todos estos testimonios son útiles en la medida en que la emisora, a pesar de encuadrarse claramente en las coordenadas del PCE, fue también una tarea colectiva, apasionante y apasionada, ligada a la evolución de la situación interior española y también de la internacional.

Desgraciadamente, más de un colaborador directo de la «Radio» ha muerto ya —como Emili Viaseca, durante muchos años responsable de los programas destinados a Cataluña; o José Antonio Uribes, valenciano y diputado durante la República (el más joven en aquellas Cortes), especializado en temas obreros—. Por otra parte, son pocos los que han vivido toda la historia de la «Radio» desde sus inicios hasta su cierre. La mayoría puede hablar únicamente de su época con cierto conocimiento de causa, de los demás períodos debe remitirse a referencias más o menos oscuras. Recordemos que entre los comunistas ha sido tradición —impuesta por la el andes tinidad y convertida en una especie de manía difícil de superar— no preguntar ni dar excesivas explicaciones.

De todas formas, y al margen de los estudios que puedan realizarse, es posible que en el recuerdo colectivo del país Radio España Independiente haya quedado y así siga, como un grito antifranquista, exagerado tal vez, triunfalista casi siempre, panfletario sin duda, pero que durante muchos años fue para los vencidos una voz de esperanza, una voz que decía que todo no se había perdido y que, con lucha y sacrificio, podía encontrarse una salida. Fue, en definitiva, un grito de resistencia.

Radio España Independiente se fundó el 22 de julio de 1941, al mes justo de la agresión nazi a la Unión Soviética y cuando hacía casi dos años que había terminado la Guerra Civil española y más de año y medio que Europa estaba sumergida en una guerra de rapiña increíble. Nació pues no en el estricto marco español, sino en uno mucho más amplio y debido a que los soviéticos se vieron involucrados en una contienda que habían procurado evitar a toda costa por considerarla —al menos así lo justificaron oficialmente— como un ajuste de cuentas entre «imperialistas». Moscú era entonces el centro mundial del movimiento comunista. Y no sólo por su liderazgo ideológico, indiscutible en aquellas fechas, sino también porque en la capital rusa se habían refugiado los principales dirigentes comunistas de aquellos países que estaban dominados por los nazis o por los fascistas —como Alemania, Italia, Austria, Hungría, Rumania—, o que habían sido ocupados por las tropas del Eje —Francia, Bélgica, Grecia, Checoslovaquia, etc.—. Naturalmente, ahí estaban también algunos de los principales dirigentes del Partido Comunista de España. La Comintern aún no había sido disuelta por Stalin, y el mundo proletario y progresista, después de la sorpresa, decepción y desorientación producidos por el pacto germano-soviético se preparaba para una batalla decisiva contra las fuerzas reaccionarias de todo el mundo. Por su parte, la Unión Soviética, fracasado su intento de mantenerse al margen del conflicto se dispuso a encabezar, dirigir y alentar esa lucha. Se consideraba con derecho y méritos suficientes para ello.

Entre las muchas iniciativas que se tomaron para encauzar todo ese gigantesco movimiento de resistencia, nos interesa a nosotros la creación en Moscú de una serie de emisoras «nacionales*» destinadas a la propaganda antifascista y para las que se reclutó el personal idóneo entre los numerosos exiliados que vivían en la capital rusa al amparo de la Cruz Roja soviética o de la Comintern. Este grupo de emisoras estaba dirigido por el secretario general del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti. La REI, al frente de la cual estaba Dolores Ibarruri, por entonces secretario general del PCE, formaba parte de ese grupo. Sus programas eran de guerra, de resistencia feroz, patrióticos y antifascistas a ultranza.

De todas formas, si bien el nacimiento de la Pirenaica —apodo inventado por La Pasionaria para mitigar psicológicamente el tremendo alejamiento que suponía dirigirse a los españoles el año 1941 desde la capital

soviética— se sitúa en esa época remota (sobre la que escasea la información), su verdadera personalidad, su característica de «independiente» se fue formando después, una vez terminada la guerra mundial y eliminada la hipoteca propagandística que comportaba dicha guerra. Una vez disuelta la Comintern y cuando Europa volvía a considerar de forma casi unánime la democracia y el progreso como valores fundamentales, el grupo de emisoras fue reduciéndose, ya que en muchos países los partidos comunistas volvieron a la legalidad e, incluso, en algunos consiguieron el poder al amparo de las tropas soviéticas. De hecho sólo siguieron funcionando con las características iniciales las emisoras de España, Grecia y Portugal. Quedaron, eso sí, las emisiones de Radio Moscú en lenguas extranjeras. Pero eso era ya otra cosa.

El régimen español contrastaba poderosamente con esa libertad que el mundo parecía haber rescatado del más profundo abismo. Y si ese contraste se reflejó en la crispación de la propaganda franquista también pesó en el tono de la REI que siguió siendo duro, terriblemente duro y agresivo. La corta pero intensa aventura de las guerrillas prolongó esta situación. La «Radio» poco pudo contribuir a la lucha guerrillera, la distancia y las dificultades de comunicación hacían dudosa la eficacia de unos programas que no podían ser algo más que panfletos estridentes, declaraciones solemnes de solidaridad, documentos oficiales del Partido (o de los partidos hermanos) y noticias internacionales vistas con óptica soviética. Se trataba, y no era moco de pavo, de elevar la moral. De hecho el alejamiento de Radio España Independiente respecto al país era mucho más absoluto que el simplemente impuesto por la geografía. No olvidemos que de la euforia democrática de la posguerra más inmediata se pasó casi sin solución de continuidad a una guerra fría que fue recrudeciéndose vertiginosamente. La conciencia de que el PCE y por tanto la REI no podían dejarse encerrar por el famoso «telón de acero», so pena de marginarse definitivamente del país, fue el primer aldabonazo avisando de que era urgente cambiar estilo y tono. Otros elementos mucho más importantes y procedentes de la propia España reforzaron esa tendencia.

Efectivamente. Con las huelgas de Bilbao (a finales de los años cuarenta) y la huelga general de Barcelona de 1951 (boicot a los tranvías primero y huelga de toda la ciudad después), la oposición al régimen franquista entró en una nueva fase. Las luchas sociales, las protestas económicas tenían una fuerte carga de oposición política por culpa del propio régimen, con su triunfalismo alicorto, con sus baladronadas y «contubernios», y también porque la oposición vio que ése era un buen camino para erosionar el sistema autoritario de Franco. Las guerrillas se disolvieron y la lucha armada fue abandonada por casi todas las fuerzas políticas antifranquistas. El Partido Comunista inició su política de movilización ciudadana, de huelgas, de potenciar las posibilidades legales de lucha; es decir, se trataba de utilizar los propios organismos oficiales, desde los sindicatos hasta los colegios profesionales o las parroquias, para hacer salir a la luz pública el mayor número posible de problemas y organizar acciones reivindicativas en torno suyo que casi siempre acababan en enfrentamientos con la autoridad, lo que a su vez impulsaba nuevas acciones y esta vez contra la represión, uno de los grandes leit-motiv de toda la resistencia contra el franquismo.

En ese momento la «Radio» necesitaba más que ningún otro medio de propaganda comunista cambiar su tono, matizar sus gritos, disponer de un mayor y más exacto volumen de información. La «Radio» salía cada día con su mensaje propagandístico y su alcance superaba con creces el de cualquier publicación clandestina. Necesitaba convertirse en el portavoz no sólo de los comunistas, sino también de toda esa gente que de forma más o menos espontánea, más o menos ligada a grupos o partidos políticos, empezaba a protestar contra los abusos, la corrupción, la dureza o las dificultades económicas de las que el régimen era el culpable visible y notorio. Y la «Radio» se propuso conseguir ese cambio de estilo. Que lo alcanzara o no, es otra historia. Pero lo intentó sinceramente porque, en definitiva, era la evolución lógica no sólo de la propia emisora, sino de toda la propaganda de un Partido que cambiaba su línea política rápidamente porque había llegado con lucidez indiscutible a la conclusión de que al franquismo sólo podía vencerse desde dentro. Porque había llegado ya a la idea de la «reconciliación nacional».

El hombre encargado de realizar este cambio fue Ramón Mendezona, que había sido responsable de propaganda durante la Guerra Civil en una organización comunista de Madrid; había trabajado también en Radio Moscú, como locutor y redactor, y era un hombre relativamente joven. En 1952 fue nombrado director de Radio España Independiente. El 5 de enero de 1955, tres años después, la emisora fue trasladada a Bucarest, capital de Rumania. La «Radio», que nunca estuvo en Praga ni mucho menos en los Pirineos, no conoció otras sedes que las de Moscú y Bucarest; sólo durante un breve período y por razones de seguridad (los alemanes estaban muy cerca de Moscú) fue trasladada al interior de la Unión Soviética, a Ufa, capital de la República Autónoma de Baskiria.

Es en Bucarest, por tanto, en donde ha estado radicada más tiempo: ¡22 años! Las razones exactas que motivaron el traslado de la REI a la capital rumana no son conocidas, pero no es difícil imaginarse algunas bastante verosímiles. Se trataba, con toda seguridad, de una redistribución entre los diversos países socialistas de las responsabilidades de solidaridad internacional, de ayuda y, en cierta manera, de control del movimiento comunista internacional. Moscú no quería aparecer como el centro de ese movimiento ni quería tampoco que toda esa solidaridad y las movilizaciones que comportaba tuviera como único copyright el comunista. La Comintern ya no existía y la Cominform estaba a punto de desaparecer; el mundo socialista se había ampliado con una serie de Repúblicas democráticas o populares que mantenían unas formas políticas que estaban a caballo de los soviets moscovitas y de los parlamentos occidentales. Se crearon organizaciones «unitarias» como el Movimiento para la Paz, de la Juventud Mundial, de los Sindicatos, de las Mujeres, la Revista Internacional, etcétera, cuya composición quería ser amplia, variada, pluralista. En ese contexto las emisoras como la REI no encajaban, a menos que fueran muy «nacionales», muy clandestinas y muy limpias respecto a

internacionalismos que no estuviesen justificados por desinteresadas solidaridades progresistas. Moscú no quería aparecer como el motor del movimiento comunista internacional, como el hacedor de consignas, como el exportador de revoluciones. La propaganda de la guerra fría atacaba a la Unión Soviética precisamente por eso, por ser el incordiante mayor. No se lo permitía tampoco su presencia en organismos internacionales como la ONU, creados para salvaguardar la paz universal o sancionar, que de ambas maneras puede formularse, el statu quo pactado por las grandes potencias.

Con todo este galimatías, Rumania era un lugar ideal para REI. Era un país pequeño, subdesarrollado, agrario, con un Partido que se lo debía casi todo a los «camaradas soviéticos», rodeado por países hermanos y que no tenía que enfrentarse directamente con el mundo capitalista, como la República Democrática de Alemania o Checoslovaquia y que ofrecía una situación interior que, a pesar de la pobreza, parecía mucho más estable que la de Polonia o Hungría. En esas condiciones, el aislamiento de la «Radio» y del equipo que trabajaba en ella quedaban mucho mejor garantizados. Después, como todo el mundo sabe, las cosas tomaron otro rumbo. Pero ya era demasiado tarde para cambiar, aunque en algún momento, al iniciarse el «independentismo» rumano, se pensó parece ser, en llevar la «Radio» a otro país.

Con el traslado no se perdió, naturalmente, el contacto con los soviéticos ni dejaron de recibirse sus consejos y su ayuda, especialmente en terreno técnico. En este sentido, la Unión Soviética y sus ingenieros hicieron un esfuerzo considerable a partir de 1960 para aumentar la potencia de la emisora y contrarrestar así las interferencias cada día más potentes y eficaces que el gobierno de Madrid puso en marcha gracias, a su vez, a la considerable ayuda norteamericana.

La jornada laboral de Radio España Independiente comenzaba a las 7 de la mañana y debía seguir una norma: leer los trabajos de cada uno: el director y algún redactor leían todo el programa. No era una censura en sentido estricto, era un control mutuo con el que se procuraba evitar cualquier «gazapo» tanto de lenguaje como de contenido. Era una criba lógica y sensata en principio, pero que a medida que la situación del país se hizo más compleja y la internacional más conflictiva, produjo algún roce. De hecho era fiel reflejo de las tensiones que también existían dentro del Partido.

Redactados y aprobados los programas éstos se grababan y, tras un control técnico, eran emitidos a lo largo de todo el día y sin ninguna variación, a menos que algún acontecimiento realmente importante obligara a ello. La jornada de la redacción terminaba a las 2 de la tarde con un nuevo boletín de noticias que abría el programa de sobremesa. Por la tarde, a partir de las 5jf., hasta las 9 o las 10 de la noche, trabajaba un equipo compuesto por un redactor y un locutor —a veces una sola persona hacía ambas funciones— que se encargaba con plena responsabilidad y total autonomía de preparar las noticias que iban llegando por los telex y redactar nuevos boletines informativos.

Como es lógico, el esquema de trabajo y de los programas cambió. De igual forma cambió la técnica radiofónica —desde la retrasmisión en directo a las grabaciones en cinta magnetofónica—, como ocurre en cualquier emisora del mundo. Pero había una fórmula básica que fue puliéndose y perfeccionando con el tiempo. En lo técnico se trataba de aumentar la potencia y vencer las interferencias. Se llegaron incluso a inventar «ondas volantes» que cambiaban constantemente; se llegaron a enviar programas grabados para ser retransmitidos desde otros países a horas y por ondas imprevistas. Era una auténtica guerra radiofónica. Desde el punto de vista del contenido propagandístico, se trataba de ser cada día más convincente, menos lejano, más informado. Así de sencillo.

Ese esquema de trabajo podría sintetizarse en los siguientes puntos:

—Un boletín de noticias que duraba de 5 a 10 minutos según el volumen de noticias de la jornada. Se emitía a las 8 de la mañana, a las 3 de la tarde y a cada hora a partir de las 5 hasta las 12 de la noche. A las noticias les seguía un «bloque» de 25 minutos —la «primeras en argot de la radio—, que constaba esencialmente de un comentario sobre la actualidad nacional. Era un editorial muy polémico. Cada noche se grababan en cinta los programas de Radio Nacional, lo que permitía polemizar al día con la propaganda franquista. Ésta, a su vez, también polemizó con la REI, sobre todo en la época más agresiva del semanario *El Español**. Los epítetos que los comentaristas del régimen dedicaban a la «Radio» cubrían todo el abanico de insultos que se podían publicar sin incurrir en escándalo público. Al editorial seguían una serie de crónicas y comentarios sobre problemas obreros, del campo, la universidad, la represión, los intelectuales y, cuando las había, huelgas, manifestaciones o acciones que, por pequeñas que fueran, eran destacadas con todo el aparato propagandístico del que se disponía. Cerraba este bloque un comentario de política internacional dedicado a los temas más «calientes» del momento, como la guerra de Viet-Nam, las huelgas en Francia o en Italia, la revolución cubana, los conflictos del Tercer Mundo y, como no, los logros del mundo socialista en terrenos tan variados como el económico, el cultural e incluso el deportivo. Durante muchos años esos comentarios estuvieron firmados por «Bernardo Avila».

Después de este primer bloque seguía un boletín de noticias breve, de unos 5 minutos, que precedía a los programas especiales y que a veces se suprimía.

Los programas especiales más permanentes fueron, a lo largo de los años, los siguientes:

— El programa para Catalunya de los lunes y jueves. Primero los hacía Emili Vilaseca, después Jordi Solé-Tura y, hasta 1971, Marcel Plans y Ester Berenguer. Hasta el final de la «Radio» se sucedieron una serie de colaboradores que no consiguieron una estabilidad y permanencias remarcables. Este programa llegó a prepararse incluso dentro de España. Era una emisión de 25 minutos completamente en catalán, elaborada

con la información que llegaba del interior y un brevísimo comentario firmado por «Jordi Cátala» o «Pere Sabater», según las épocas.

Los viernes había la Antena de Euzkadi, que consiguió incorporar el euskera gracias a Mikel Antia, un vasco que ha estado en la «Radio» más de diez años. El programa era bilingüe y mantenía la misma estructura que el catalán: información lo más variada posible y un breve comentario de fondo.

— Los miércoles o sábados, según las épocas, se emitía el programa para Galicia. Algunas veces incluía colaboraciones en lengua gallega. De hecho, sólo el programa catalán tuvo una continuidad absoluta en la utilización del idioma vernáculo.

— Aparte de estos programas dedicados a las nacionalidades del Estado español, había programas destinados a los emigrantes (**España fuera de España**), a temas específicos del Partido (**Tribuna del Partido**), a los militares (**Fuerzas Armadas**). En este último programa colaboraron durante muchos años los generales Ignacio Hidalgo de Cisneros y Antonio Cerdón. También hubo —aunque no duró mucho— un programa dedicado a las mujeres (**Página de la Mujer**) y un brevísimo espacio diario llamado Garreo de la Pirenaica, que durante muchos años fue un coloquio con los oyentes que escribían espontáneamente a la emisora. Ambos programas estuvieron bajo la responsabilidad de «Pilar Aragón», una de las locutoras más populares de REI. Las cartas que recibía la radio eran muchas veces informaciones subjetivas y sentimentales, exageradas y exaltadas, pero permitían seguir el grado de audiencia y de impacto que hacían las emisiones. Gracias a esas cartas —que llegaron a ser más de mil quinientas al mes— se pudo confeccionar un mapa de España con los puntos de audiencia más importantes.

— Finalmente, hay que recordar un programa muy original, tal vez el único en la historia de las luchas clandestinas de cualquier país: Antena de Burgos, programa elaborado íntegramente en el penal de aquella ciudad castellana y escrito por los presos políticos; éstos lo discutían y lo redactaban y luego un experto lo pasaba todo a papel de fumar. Por caminos inverosímiles, difíciles pero puntuales, llegaba a la «Radio» este programa, allí, se descifraba y se grababa. Los presos de Burgos incluso indicaban las voces y la música. En dicho programa denunciaban los abusos de los Funcionarios, explicaban la lucha por conseguir el estatuto de preso político, narraban las mil incidencias y anécdotas de la vida, carcelaria y, finalmente, comentaban la situación política del país. En este programa colaboraron muchos intelectuales hoy en primera línea de actividad profesional y que pasaron en un momento u otro por el penal.

Naturalmente, este esquema se rompió siempre que fue necesario, tanto porque la situación del país lo exigía o las propias necesidades de la emisora lo aconsejaban. Fueron períodos excepcionales para la «Radio» el proceso de Burgos o la larga agonía del general Franco. En esos momentos la «Radio» funcionó día y noche, convirtiendo sus programas en boletines de noticias que cambiaban casi a cada hora alternando con llamamientos unitarios, declaraciones políticas, acciones de solidaridad, etc. También fueron períodos excepcionales las vacaciones veraniegas, que reducían el cuadro de colaboradores de REI y el flujo de información. En épocas determinadas del año se hacían programas especiales —como por Navidad y Año Nuevo—, en los que la emisora se permitía utilizar el humor político y cierta frivolidad que siempre recibía la crítica de algún camarada extraordinariamente sesudo. Señalemos aquí como curiosidad significativa el hecho de que las voces femeninas se incorporaron a la «Radio» muy tarde, ya que se «consideraban poco serias para programas revolucionarios». Tampoco la música ligera, alegre y desenfadada tuvo fácil acceso a las antenas de la «Pirenaica».

Se ha dicho con razón que la información que transmitía REI no era siempre exacta, que era exagerada y triunfalista. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la REI era una emisora clandestina, situada fuera del país y que por tanto difícilmente podía comprobar todas las noticias y crónicas que recibía. Por otra parte la «Pirenaica», como ya se ha dicho, era una radio militante, instrumento del PCE y su cuerpo de redacción estaba formado por militantes comunistas —unos exiliados desde el fin de la guerra, otros huidos a causa de la represión franquista—. Esta emisora y este equipo de propagandistas, a pesar de aspirar a convertirse en portavoz de toda la oposición antifranquista, no podían ni querían ser un ente aséptico, profesional y frío como podían serlo —que tampoco o eran tanto— Radio París o la BBC de Londres. Todo esto explica —aunque no justifica— el tono panfletario y el entusiasmo a ultranza que caracterizaron los comentarios de REI. Pero es cierto que la emisora intentó corregir ese estilo, esa manera de hacer propaganda. Su análisis fue muchas veces el tema central de las reuniones del colectivo comunista; y se admitía que ese gritar mitinesco era un defecto, que ese optimismo que no acepta jamás una derrota, un contratiempo o un error era, a la larga y a la corta, contraproducente. Estas discusiones no fueron siempre fáciles y tranquilas, pues no todo el mundo veía las cosas igual; unos se quedaban rezagados y otros se adelantaban a lo que iba siendo la evolución política del PCE.

Si se intentaron corregir esos defectos antes señalados fue por dos razones básicas: La necesidad de acercarse cada día más al país, en lenguaje, en mentalidad, en conocimiento de la realidad; y también para hacer frente a la «competencia» informativa que la prensa del país hacía a REI desde que la Ley de Prensa de Fraga Iribarne empezó a liberalizar a los periódicos. Y sobre todo porque en esos periódicos menos sujetos por las trabas de la censura ya trabajaban periodistas demócratas, progresistas que hacían una labor positiva y cada vez más contundente.

La REI recibía los telex de las principales agencias internacionales: TASS, France Press, Reuter, UPI, AP, Prensa Latina. EFE, etc. Las informaciones que llegaban eran leídas, seleccionadas, traducidas y utilizadas al máximo tanto en los boletines como en los programas. Durante una época, la TASS daba la tónica general,

puesto que las demás agencias eran consideradas como «sospechosas». Sus noticias estaban muy elaboradas y comentadas y daban poca importancia a los hechos concretos, a las cifras, a la exactitud objetiva. Después eso se corrigió.

Aparte de las agencias internacionales, llegaba información del interior del país proporcionada por las organizaciones del Partido y que era la fuente más sustanciosa e importante de noticias para la REI. Esta información que llegaba prácticamente de todas las provincias españolas, a veces era subjetivista y parcial, aunque permitía tener una idea bastante real de lo que pasaba. La información que contienen los archivos de la «Radio» sobre la huelga de 1951 en Barcelona, las huelgas mineras de Asturias de 1962 o la movilización nacional e internacional en torno al proceso de Burgos es realmente exhaustiva.

El problema era ¿cómo hacer llegar esta información lo más rápidamente posible a la «Radio»? Las formas fueron muy variadas y algunas incluso pintorescas. Había lo que en argot pirenaico se llamaban, «palomas», es decir, militantes que viajaban de París a Bucarest con una cartera llena de papeles, grabaciones, periódicos; este material se preparaba semanalmente en la capital francesa clandestinamente, como es lógico y con las informaciones escritas u orales que a su vez del interior en maletas de doble fondo, en coches de turistas franceses, etc. En este trájín el Partido Comunista Francés ayudó extraordinariamente. También llegaban cartas enviadas directamente al periódico L'Humanité o a Radio Praga, cartas con anécdotas, con denuncias e incluso con cintas magnetofónicas enrolladas como si fuera hilo de coser. A pesar de lo complicado de este sistema, que funcionó sobre todo en la década de los sesenta y era demasiado lento para las necesidades de una radio que debía emitir cada día, representaba una gran mejora respecto a los años cincuenta, en los que las noticias llegaban con cuenta gotas y había que exprimirlas como limones utilizándolas en forma diversa en bastantes programas. Para las «grandes noticias» las agencias servían perfectamente, pero no para esa noticia menor, cotidiana, que permite comentar la política menuda y que es lo que hace que una emisora esté de verdad enraizada en su país, sea popular, tenga «gancho», sea eficaz.

"De las ondas rojas a los radios libres" - Lluís Bassets (ed.) Editorial: Gustavo Gili,S.A.